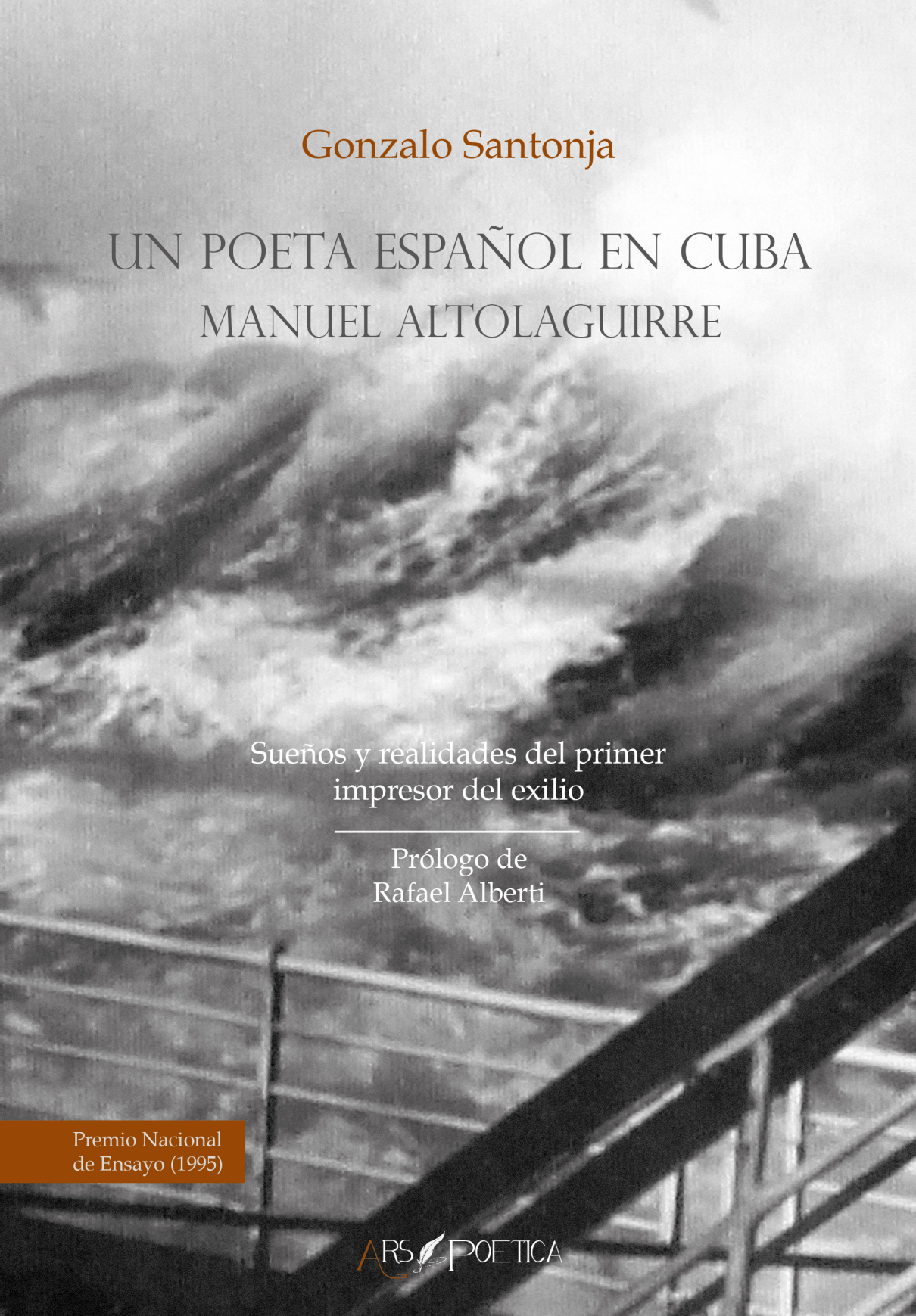




Gonzalo Santonja

UN POETA ESPAÑOL EN CUBA  
MANUEL ALTOLAGUIRRE

Sueños y realidades del primer  
impresor del exilio

---

Prólogo de  
Rafael Alberti

Premio Nacional  
de Ensayo (1995)

ARS POETICA



UN POETA ESPAÑOL EN CUBA

MANUEL ALTOLAGUIRRE





Gonzalo Santonja

# UN POETA ESPAÑOL EN CUBA

## MANUEL ALTOLAGUIRRE



Sueños y realidades del primer  
impresor del exilio

---

Prólogo de Rafael Alberti

Colección  
| SAPIENTIA POETICA |

ARS  POETICA

*Un poeta español en Cuba: Manuel Altolaguirre*

GONZALO SANTONJA

Colección  
SAPIENTIA POETICA

Dirección editorial  
ILIA GALÁN

© 2021 Gonzalo Santonja

© 2021 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.  
[Sociedad editora]  
c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C  
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: abril, 2021

ISBN: 978-84-18536-07-6  
Depósito Legal: AS 00249-2021

Impreso en España  
Impreso por Podiprint

*Todos los derechos reservados.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

# ÍNDICE

|                                                            |     |
|------------------------------------------------------------|-----|
| Tres imágenes de Manuel Altolaguirre<br>por RAFAEL ALBERTI | 9   |
| Preliminar                                                 | 17  |
| I. De un mundo a otro                                      | 31  |
| II. De la guerra y sus estilos                             | 53  |
| III. Parábola de dos presentaciones                        | 79  |
| IV. Balance de una imprenta (1)                            | 95  |
| V. Balance de una imprenta (y 2)                           | 137 |
| VI. Obra en marcha                                         | 157 |
| VII. De erratas y reivindicaciones                         | 179 |
| VIII. Maestros y amigos                                    | 203 |
| IX. Dos estampas cubanas (1)                               | 231 |
| X. Dos estampas cubanas (y 2)                              | 243 |
| XI. Punto final con Rafael Alberti y Ángel Augier          | 255 |
| Cronología de Manuel Altolaguirre                          | 287 |



# TRES IMÁGENES DE MANUEL ALTOLAGUIRRE

*Por Rafael Alberti*







## I

...Llegamos casi al amanecer. Desde las palmeras del parque, vi los ojos de Málaga abrirse sobre el mar y sonrosarse toda como un clavel de sus orillas. A las nueve, corrí a la Imprenta Sur. Ni Prados ni Altolaguirre me esperaban. No me conocían. Pero me adivinaron. Fue un encuentro maravilloso. Componían en ese momento el segundo o tercer número de *Litoral*, la mejor revista española de poesía que registró los años más felices de nuestra generación. Manolo —Manolito— se disparó hacia mí, derribando un frasco de tinta, rompiéndose en mis hombros como ángel caído de una torre. Emilio Prados, mientras, empujados los ojos tras sus gafas, me contemplaba, inmóvil, con sonrisa de chino. Eran los héroes solitarios de la imprenta. De aquel minúsculo taller, salían, compuestas pacientemente a mano y letra a letra, las páginas más limpias de toda la lírica de entonces. Por aquellos días preparaban los dos poetas tipógrafos sus primeros libros: Prados, *Tiempo y Canciones del farero*; Altolaguirre, *Las islas invitadas*. Emilio Prados era ya lo que luego sería y sigue siendo hoy: una tormenta oscura, un rayo subterráneo que combatiera siempre por esgrimirse al aire, un sentimiento concentrado, comprimido por insufribles torturas. A veces, con su linterna de luz sorda en la mano, logra ascender de su mina profunda. Pero por poco tiempo, pues su mundo —infierno y paraíso especiales— se encuentra allí en esas hondas galerías que solamente él conoce y en las que fragua sus veladas centellas luminosas.

Con Prados se podía andar por las calles, pero con Manolito, ¿cómo? Lo hacía a trompicones, en zigzag, llevándose en las mangas la cal de las paredes. De pronto se salía de la acera, yendo a parar al centro de

la calle, o se quedaba atrás, desapareciendo — tales eran sus cambaladas — en los portales de las casas, de donde había que extraerlo para irlo a buscar a los pocos instantes. Tenía cara de poeta escandinavo — Bolín es su segundo apellido —; el pelo alto, en caracoles; la boca sonriente, siempre dispuesta para la gracia. Parecía todo él un ternero escapado del Limbo, una rara invención angélica extraviada en la tierra. Manolito había perdido a su madre por aquellos días. Y la fecha de esta muerte iba a ser — según él mismo confesara — la más importante en su vida de poeta y de hombre. Muchos de los poemas de *Las islas invitadas* que entonces me leyera, estaban ya tocados de esa angustia, de ese dolor, hondos, como los del cante andaluz más sublimado y puro:

*Era mi dolor tan alto,  
que la puerta de la casa  
de donde salí llorando  
me llegaba a la cintura.*

Con Manolo y Emilio pasé en Málaga horas inolvidables. Juntos recorrimos las playas, viendo las redes al sol, espejeantes de boquerones; paseamos el Limonar, subiendo al castillo de Gibralfaro, la vieja fortaleza mora. Cuando un anochecer me acompañaron al puerto para decirme adiós, me di cuenta que allí, al pie del mar Mediterráneo, dejaba la amistad de dos nuevos poetas, recién nacidas ramas, andaluzas también, de nuestra bella generación. Antes de partir, les entregué el manuscrito de *La amante*, que publicaron ese mismo año (1926).

*Buenos Aires, 1959*

## II

Manuel Altolaguirre viaja siempre con su imprenta.

Llegada la revista *Litoral* a su noveno número, se despidió de Málaga, de su gran amigo, poeta e impresor Emilio Prados, y llegó a París un día dispuesto a continuar una maravillosa y única labor, que dificultades económicas, por una parte, y el general desinterés de la gente por otra, le impidieron realizar en España.

Al poco tiempo, sin ayuda de nadie, obrero solitario de su imprenta, lanzó esos cinco cuadernos de *Poesía*, seguramente la mejor y más bella revista aparecida en París durante este último año. También ha impreso libros de poetas franceses, americanos, ingleses y alemanes. Ediciones raras, primorosas, de muy pocos volúmenes, que tal vez algún día alcancen precios elevadísimos en el mercado del mundo.

*Port-Cros, 1931*

## III

A los treinta y tres años de la muerte de Manuel Altolaguirre he vuelto otra vez a La Habana, donde el viento marero asistió al renacer de su heroica imprenta de La Verónica, madrileña y universal, poética. Mi querido amigo Gonzalo Santonja, buscador incansable de aquellas islas misteriosas, está recogiendo su memoria, velada por la niebla del tiempo, a través de archivos, de la nostalgia de sus compañeros y del testimonio agradecido de los muchos jóvenes que entonces se formaron en la lectura de los alados libros de aquella mágica imprenta.

Manolo, todavía recuerdo tu caminar atropellado, en zigzag azaroso, llevándote en las mangas la cal de las paredes. De pronto te salías de la acera y desaparecías... para volver en el instante más imprevisto. Como ahora, vencidos tantísimos años, cuando tu recuerdo me vuelve con las olas perezosas de este cálido mar habanero. Que el viento de tu noble ejemplo sople por fin y para siempre.

*La Habana, 1992*

interesante. No sé si habrá sido dadas  
de Emilio Prados, aun no ha publicado  
nada pero se trata de un verdadero  
y extraordinario poeta, yo he seguido  
su obra paso a paso y he sido tes-  
tigo de sus luchas y de sus victorias.  
Alguna vez tiene la ocasión de leer  
algo suyo verá hasta que punto ten-  
go razón. Entre él, Rafael Alberti, José María Hinojosa  
y yo hemos pensado en la publicación  
de una revista en fecha muy próxima  
"Litoral" la revista de los poemas marinos,  
en ella aparecerá toda una  
literatura sobre el mar, yo quisiera  
que Vd. colaborase, Vd. y sus amigos poe-  
tas, en los que sin duda podrá influir.  
"Litoral" aparecerá mensualmente y  
la única limitación suya (ilimitada limita-  
ción poética) será que es una revista  
sobre el mar, que solo publicará poemas  
sobre el mar.

No cree Vd. que en un puerto tan  
maravilloso como este, tendríamos que  
hacer una cosa así?  
Ahora si que me parece la carta larga  
pero Vd. es un buen amigo mío y me con-  
testará pronto, ¿verdad? Sin abrigar muy cariñoso  
de un amigo que le quiere mucho Manuel Altolaguirre

Carta de Manuel Altolaguirre a Gerardo Diego, fechada en Málaga el 17 de junio de 1925, en la que explica a su «Querido amigo Gerardo» que «entre él [Emilio Prados], Rafael Alberti, José María Hinojosa y yo hemos pensado en la publicación de una revista en fecha muy próxima, *Litoral* la revista de los poemas marinos, en ella aparecerá (n, tachada) toda una literatura sobre el mar, yo quisiera que Vd. colaborase, Vd. y sus amigos poetas en los que sin duda podrá influir. *Litoral* aparecerá mensualmente y la única limitación suya (ilimitada limitación poética) será que es una revista sobre el mar, que solo publicará poemas sobre el mar» (Epistolario de Altolaguirre a Gerardo Diego, edición de Maya Smerdou Altolaguirre. Madrid, Caballo Griego para la Poesía, 1991).

# PRELIMINAR

«Puesto a lo difícil, Manuel Altolaguirre  
pudo respirar en la luna.»

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

*Recuerda todas las fechas.  
Recuerda todas las cosas.  
Limita con blancas nubes  
el jardín de tu memoria.  
Muérete debajo de ella,  
bajo su sombra.*

MANUEL ALTOLAGUIRRE



Ruinas de la Librería Martí, La Habana

No quisiera ofrecer una imagen desmesuradamente catastrofista, pero lo cierto es que adentrarse por las galerías de la Biblioteca Nacional José Martí de La Habana, Cuba, situada a un costado de la grandiosa plaza de la Revolución, supone visitar un lugar casi lóbrego y deteriorado, donde, a pesar del entusiasmo y la maravillosa voluntad de sus funcionarios, toda incomodidad halla fácil acomodo y el menor utensilio — un bolígrafo, tres folios — pasa por artículo de lujo.

La fotocopidora, una y única, se ha descompuesto y no funciona. Hasta la media tarde de ayer (tomé esta nota la mañana del pasado 19 de febrero, miércoles y en España día de San Gabino, confesor), mal que peor fue tirando, según me informa una mulata de ojos incrédulos, pero la lámpara, requete quemada, ya no daba más de sí y a eso del atardecer se oscureció su milagro, porque se contaba, en tiempo, por años, y en fotocopias, por decenas de miles, el momento de su vencimiento. Ahora en la Biblioteca Nacional José Martí se aguarda, con filosófica resignación caribeña, el maná panameño de otra lámpara, con toda probabilidad de metafórica segunda mano y ya declarada en desuso cuando comience el viaje.

La biblioteca cierra a las seis de la tarde. Antes — un *antes* teñido de melancolía — el candado se echaba a las ocho, pero ha debido de anticiparse la hora para ahorrar energía. Es uno de los infinitos inconvenientes, desde luego menor, del *período especial*, eufemismo

acuñado para referirse al mortal bombardeo, demoledor por constante, de toda suerte de privaciones.

Los corredores y las dependencias del interior a veces sólo se intuyen en la penumbra; hay baldosas levantadas, vitrales rotos y tenues bombillas peladas pendientes de famélicas cuerdas; los depósitos del material bibliográfico se muestran hondos y secretos, tan ganados por la oscuridad como las galerías de las minas. En la sección de periódicos, al fondo del mostrador de peticiones, un grupo de chicas, diez o doce, se quema literalmente las pestañas, obstinado en el imposible trabajar al conato de una luz mortecina que me lleva a revivir las casas sombrías del Bucarest de Ceaucescu. Ni tan siquiera son de cuarenta watios.

Las papeletas presentan tirado a ciclostil el cuerpo de petición; sigue entre medias un calco, resto de restos, que a fuerza de usado se ha transformado de negro en semiblanco, y remata la ficha un minúsculo e irregular retazo de inverosímil papel inverosímilmente recuperado, todo ello de fabricación artesanal y pegado a mano con cola casera. *In albis* las tales cédulas por la cara que con anterioridad fuese dorso, uno de los ejercicios que más me entretuvieron durante mis cotidianas visitas a la biblioteca, y al cual debo la dicha de ratos de espera convertidos en ratos de gozo, consistía en darles la vuelta en busca de las sorpresas guardadas en el dorso que antaño fue cara: facturas, apuntes, borradores de estudio, notas y hasta —lo juro— el final de una carta de amor a juzgar por las efusiones correspondido; también el brioso arranque de una elegía, en desenfadada clave marxista, a Nuestra Señora del Cobre, patrona de la isla, conmovedoramente romanceada.

Encontré, sin exageraciones, de todo en aquellas fichas, y para desengaño de escépticos o tapaboca de incrédulos, especies abundantísimas por estos sublunares e importantes hemisferios tan posmodernos, *me regresé* —permítaseme el modismo— pertrechado por una buena y abundante documentación. Pero ¡vaya por Dios!, alguna infame mano negra me la desvió de curso, actuando con



singular descaro y escandalosa impunidad. No acuso, porque no vi, pero tampoco renuncio a levantar puntual anotación de una circunstancia a lo peor relacionada con el escamoteo: un circunspecto agente policial de la sección de protocolo se personó de manera imprevista en la casa donde a la (de)sazón me alojaba en busca de mis maletas algunas horas antes del momento fijado para la partida hacia el aeropuerto. Le guiaba el propósito, me explicó, de aliviarme el trámite de las aduanas. Me opuse, pero no sirvió de nada. Él era un simple mandado y se ceñía al respecto a órdenes bien concretas. Su jefecillo de protocolo, sin que yo lo supiese, velaba por mi comodidad. «Es el trato que se dispensa a los huéspedes distinguidos».—Cedí al halago y Dios o el Diablo me castigó.

Total, que salvé un bolsón y el maletín de mano, mientras el grueso de mi equipaje, con la parte del león del botín papelesco, tomaba las de Villadiego, *soplado* de modo que vine a quedarme casi a la intemperie frente a los hipotéticos descreídos. (Aviso a los navegantes: los elegíacos versos enderezados a Nuestra Señora la Virgen del Cobre, con devoción guardada aquella ficha en la cartera, se cuenta entre lo poco salvado de la cherinola).

Los libros, por lo demás, se deshacen entre las manos y basta con pasar una página — trámite obligado cuando de lectura se trata — o con soplar levemente sobre la misma para que de inmediato salten sus bordes y sobrevenga una lluvia de papelín espolvoreado. A causa de la elevada humedad del ambiente (téngase en cuenta que La Habana registra uno de los mayores grados urbanos de humedad del planeta), y puesto que el famoso *periodo especial* ha decretado vacaciones forzosas para los aparatos encargados de mantener el nivel de condensación necesario para garantizar la vida de los materiales bibliográficos más frágiles, éstos, sometidos a tremendas oscilaciones de temperaturas y grado de humedad, antes o después, pero más bien enseguida, hacen cric-crac, se cuarteán, rajan y rompen, y poco a poco han hecho de aquellas dependencias de-

soladores almacenes de polvo ilustrado, alfabético pasto de ratoncillos que a la fuerza serán sabihondos.

En fin, en el escurrido hall de la entrada, deseosas de ambientar la situación, las bibliotecarias — apenas vi hombres — habían montado una exposición monográfica a (des)propósito de «los libros que ya no podrás leer». A lo largo de nueve o diez desvencijadas vitrinas se brindaba al espectador curioso oportunidad, ay, de contemplar muñones de revistas y libros destrozados porque la pecaminosa mano del lector de turno, egoísta y rapaz, decidió recortar con pésimo arte y de muy malas maneras la figura del deportista, el busto de la actriz o el gesto desafiante del guerrillero de moda, usurpando al resto de los mortales tan arrebatadoras imágenes.

Se exponían allí libros privados de sus gráficos, enciclopedias deslaminadas y, ¡colmo de colmos del fervor militante!, hasta un programa del PCC (Partido Comunista de Cuba) cuyas cerca de doscientas ardorosas y clarividentes páginas habían mermado hasta quedar reducidas a la parca friolera de sesenta y cuatro. «El material es muy costoso y estas obras ya no se podrán reponer», rezaba uno de los cartelones — rotulado con caligrafía de colegial consciente — que presidía la muestra. El silencio, en su dimensión absoluta, acompañaba los gestos de los visitantes. Anti bucólico paisaje aquel, la nota realista — realismo a la italiana — descansaba en una lámina del Salvat dedicada a los *chanchos*, dos magníficos ejemplares adultos de pernil negro y tres rozagantes cochinitos rabiccontentos: los cinco animalitos presentaban sus cuartos traseros, los de los jamones, rabiosamente negados por gruesas aspas de tinta roja.

El jueves, 25 de febrero, en los dominios de la iglesia católica día consagrado a los santos Cesáreo, Donato, Victorino, Nicéforo, Serapión, Papias y Sebastián, mártir, como puntualmente leo en el dietario que me ha regalado mi piadoso amigo (no diré de qué causa) Manuel Iglesias Caruncho, coordinador general de la coopera-

ción española en Cuba, trabé conversación con dos inspectoras, mujeres de mediana edad a las que poco antes vi de ciclistas inhábiles por la vía pública.

—¿Cómo va todo?

—Con pena —contestó la mayor.

Paradas delante de una de las vitrinas, parecían seriamente preocupadas por el vandalismo que, al exponerse, quedaba reconocido y, en su opinión, minaba el mito del *hombre nuevo*. El asunto, sin embargo, aún resultaba más serio. Ellas, con exquisita amabilidad, me lo aclararon.

—Se acerca la onomástica de Kim Il Sung, compañero.

En efecto, dietario de mi piadoso amigo en mano se acercaba la onomástica del líder máximo de Corea del Norte, patriarca Kim Il Sung, y en la amenaza de tal efemérides residía el drama de las ciclistas. Un sector de la biblioteca pretendía mantener viva la muestra de «Los libros que ya no podrás leer», sostenido en su despolitizador empeño por alguien o alguien de las enigmáticas alturas, y ese propósito se daba de bruces con el ardor *kimilsunista* de mis todavía entrecortadas interlocutoras, representantes del sector internacionalista y consciente.

—No puede ser, compañero.

Y no fue. Imponiendo su presión sobre ruedas, la responsabilidad de la pareja pedaleadora se alzó al cabo con el santo y la limosna. El multi fotografiado Líder Sumo, paternal en su opípara sonrisa de oreja a oreja, sustituyó en las vitrinas la mutilada presencia de los libros malheridos.

A mi entender, la nueva exposición reflejaría con pulcra exactitud la esquizofrenia, quizá sólo aparente, de la situación: imágenes resplandecientes del Gran Dirigente del hemisferio inalcanzable sobre un panorama de vacas ubérrimas, campesinos endomingados y factorías despampanantes. En comparación, Suiza sería un triste parque con el servicio de limpieza en huelga de brazos caídos; las moles *charolesas*, famélicos espectros hinchados por la se-

quía. Y en Corea del Norte, probablemente, sucederá al revés: otras fotografías resplandecientes, sazonadas perspectivas, lugareños de película, fábricas adelantadas a la modernidad; manadas de búfalos, ecología, confort. La muestra de los libros, sincera en todos los sentidos, hablaba de dificultades, pero conmovía. Ésta, en cambio...

Cuba, hoy, es como la metáfora en grande de un libro roto. Pues no hay recursos para sustituirlo y es impensable tirarlo, el ingenio de cada usuario debe suplir, como pueda, las lagunas. Nuria, una de las bibliotecarias más jóvenes, me preguntó llena de curiosidad por el final del capítulo octavo de *Momo*, el de «Un montón de sueños y unos pocos reparos», para ella acabado cuando Gigi Cicerone rompió el silencio de desasosiego de cincuenta niños al prometer aleccionarles contra el poder de los hombres grises. Se confunden, creo yo, los cuadros intermedios, estimulados o no desde las alturas, que optan por el kimilsunismo en *paper* brillante y visión salesiana de ceremonia final de curso con las orlas reutilizadas.

En fin, ¿para qué continuar?

Eso, exactamente eso, fue lo que me pregunté, estupefacto, al franquear por vez primera el dintel de la Biblioteca José Martí. Es imposible, ¿para qué empeñarse?, me dije a punto de volver las espaldas y hacer mutis por la inmensa explanada de la emblemática plaza de la Revolución.

Pretendía documentar la presencia en la isla del poeta e impresor español Manuel Altolaguirre (Málaga, 1905- Burgos, 1959), miembro fundamental de la llamada «generación del 27», impulsor decisivo del grupo, arrojado hasta sus costas por la incontrolable resaca del mar de fondo de la derrota de la España republicana, y el intento, a la vista del panorama, se me representó por completo inviable. Me adentré, eso sí, como Pedro por su casa: muy relajados los controles de entrada, la chica apostada detrás de una mesa —se supone que en decisivas funciones de vigilancia— apenas si levantó los

ojos del *Gramma* de hacía dos días, cuatro escurridas páginas, para lanzarme un *chao*.

Estaba confundido, paladina y radical, accidentalmente equivocado. En la Cuba en crisis de hoy todo es posible. Ninguna puerta interior permanece bloqueada, y en el día a día, sin saberse muy bien cómo, se va saliendo adelante. Hasta parece probable que en cualquier instante llegue a la biblioteca la esperada lámpara de Panamá...

Las bibliotecarias, en su conjunto, me regalaron infinidad de horas de colaboración, ingentes dosis de paciencia, y nunca me regatearon sus conocimientos. Sabiendo que me resultaban imprescindibles los textos dispersos de Altolaguirre, me copiaron a máquina o a mano, en letras de limpio trazo —al principio sin yo saberlo—, conferencias, artículos y aun folletos enteros. Incluso se me permitió sacar del edificio de la biblioteca, acompañado por personal de la misma, cuántos libros necesité al objeto de fotocopiarlos en nuestra embajada, ayuda a la que debí renunciar en cuanto la noticia rozó los atentos oídos de un responsable del aparato cultural. Ese hombre puso a mi disposición su estricto cupo de papel y me facilitó el acceso a una de las contadas fotocopadoras todavía en uso, aunque renqueante, del organismo que presidía.

Y esa tónica de franca colaboración y desinteresada ayuda rebasó, hasta generalizarse, los ámbitos recién mencionados. Repetida en la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), se reprodujo en la Fundación Nicolás Guillén y de nuevo en el Memorial Juan Marinello o en el Instituto de Literatura y Lingüística. Debo decir, y confieso que me gusta poder hacerlo, que ni siquiera se interrumpió o sufrió menoscabo cuando los pasos de la investigación me condujeron al encuentro con intelectuales disidentes. No oculté aquellas entrevistas, desarrolladas por zonas conflictivas del entramado social cubano; nunca me predicaron su inconveniencia. Al contrario: «Tenemos grandes dificultades y es mejor que las conozcas», llegó a manifestarme, con agrisado resignación, alguien cuya

voz, según se afirma en la prensa española, nadie osaría contradecir en Cuba. Aquella madrugada había recorrido, a la lívida luz del miedo, una colonia extramuros de la marginalidad, dominados sus endeble chabolos de palma por una costra de pobreza acanallada, adueñados de sus conatos de calles los peores lodazales imaginables; y mi poderoso interlocutor, naturalmente, lo sabía. El «tenemos grandes dificultades» le chispeó en los ojos; la voz se le apagó — fue un instante — al admitir «es mejor que las conozcas». «La Revolución todavía tiene muchos versos sueltos», me dijo un lejano amigo de Altolaguirre.

Aparte de otras consideraciones de menor monta, la generalizada actitud favorable vino determinada, a mi juicio, tanto por mi condición de español — o, para expresarlo con el lenguaje de la calle, de *gallego* (Cuba es el país de Hispanoamérica donde con más simpatía popular se acoge lo español) — como por el hecho de que me interesase la huella isleña de un peninsular insólito: Manuel Altolaguirre, generoso impresor y excepcional poeta, bastante menos reconocido, creo yo, de lo que debiera, y cuyo recuerdo allí aún permanece bien vivo entre quienes le conocieron, personas en el fondo extrañadas — justamente extrañadas — de que la transición y el asentamiento de la democracia en España, trampolín oportunista para tantos figurones y figurillas de auto inventado relieve, no conllevara la revisión de su obra y la revalorización de su personalidad hasta el lugar que le corresponde. De ese asombro, que en su plenitud comparto, y contra esa injusticia arrancan las raíces de este libro, un benigno ajuste de cuentas, por otra parte, con alguna de mis más acariciadas obsesiones juveniles.

Y es que, por fortuna para mí, descubrí muy pronto la poesía de Manuel Altolaguirre, «figura menor» en los intolerables manuales del bachillerato franquista de la generación del 27 admitida a regañadientes. El autor de un inefable ensayo sobre literatura española contemporánea, le hacía hermano siamés de Emilio Prados y, puesto a vaticinar, pronosticaba que no alcanzaría la *eminencia*, mote-

jando su poesía de elegante y graciosa, «elaborada con elementos cultos y populares», tontería pseudo crítica que casi alcanza caracteres de loa si se compara con la rústica pedrada sin rubor ni disimulo enderezada allí contra el indiscutido maestro Juan Ramón Jiménez, geométrico forjador de dioses inútiles. Para evitar incredulidades, he aquí la andanada, antológica *saga/fuga* de la capacidad de análisis:

El proceso de la poesía juanramoniana no es más que el proceso de todo el arte abstracto. Su final es la pura geometría, el puro concepto. En cuanto a ese dios creado por Juan Ramón Jiménez en su lento trabajo de cuarenta años, no es más que un dios de uso personal. A los demás no nos sirve ni nos resuelve nada; es un dios tan sin sentido como la poesía que lo expresa.

Los vientos del destino, a veces favorables, me hicieron en la universidad alumno de una de las sobrinas de Altolaguirre, Maya Smerdou Altolaguirre, y ella, generosamente, con generosidad heredada, infundió alas a mi deseo de volar. El imposible en aquella gris España de manuales acartonados se deshizo entonces ante mis maravillados ojos de golpe y como por ensalmo. Con dieciocho años viajé hasta mi interior a través de sus composiciones. Hay poemas que me los sé de memoria desde aquellas lejanas fechas.

La vida, por sus pasos naturales, me deparó luego la oportunidad de entablar relación con Paloma Altolaguirre, una niña enferma de sarampión y de apenas cuatro años cuando comienza mi historia, involuntaria culpable del período habanero de sus padres, hoy una sorprendente pintora, brillante conjunción de ingenuismo lírico y colorido *naïf*. Cuando en 1982 pasé por primera vez por la casa familiar de Coyoacán, en México, Concha Méndez, una viejecita lúcida y vivaz, inevitablemente con la memoria a veces descolocada (el exilio se prolongó demasiado y la incomunicación entre España y México alcanzó extremos hoy inimaginables, sin internet ni redes sociales, con la televisión en mantillas y aun con las comunicaciones telefónicas limitadísimas) me regaló horas inolvidables. Y a uno de

sus nietos, el poeta y ensayista Manuel Ulacia, debo —debemos— un revelador ensayo sobre Luis Cernuda (*Escritura, cuerpo y deseo*, Barcelona, 1984) cuyo último aliento se extinguió allí. Todas estas circunstancias me acercaron aún más al poeta, jinete solidario —él y sus versos— de muchas de mis soledades.

Sin embargo —debo confesarlo— nunca me había planteado la posibilidad de dedicarle un libro. El estímulo sigiloso de Rafael Alberti, y sus impagables ayudas, han actuado en calidad de decisivos desencadenantes de mi trabajo.

Íntimo amigo suyo en la raíz de sus respectivas carreras literarias, durante intensos años paralelas y en recíproca actitud de apoyo, el de Manuel Altolaguirre, *Manolito Tontolaguirre* miliarmente (*Tontolaguirre* porque su desprendido proceder, en un mundo de *listos*, le convertía en un raro), siempre constituyó uno de los temas favoritos de nuestra conversación. En numerosas ocasiones hemos releído sus versos y en otras tantas he escuchado de sus labios frases de entusiasmado cariño acerca de su juvenil y entrañable compañero. Y ahora, febrero de 1992 y en Cuba, fue él quien avivó el fuego al recordarme, en el momento justo, que la llama prendida con sus primeras lecturas me seguía ardiendo.

—Y bien —me insinuó una tarde—, ¿por qué no preguntas por las cosas de Manolo? Habría que hacer algo, ¿no te parece? Aquí trabajó de lo lindo, siempre trabajó mucho, y en España se desconoce.

El recordatorio, claro está, no se limitó a un par de frases, sino que llegó a convertirse en una especie de *leitmotiv* diario. Y así, al principio por mera curiosidad de lector admirado, preguntando a los amigos y hurgando en las bibliotecas, públicas o privadas, fuimos recopilando (escribo *fuimos* porque sin el apoyo de Rafael Alberti nada hubiese sido tan sencillo) un caudal de información a la postre concretado en este libro.

Un libro —quisiera advertirlo de entrada— deliberadamente alejado del tono erudito, lo cual no significa, ni muchísimo menos,



que cuanto a lo largo del mismo se afirma carezca de apoyo documental; al contrario, como enseguida advertirán quienes sepan leerlo entre líneas. Tampoco se trata de una biografía —género que me atrae bastante poco— ni contiene un repertorio exhaustivo de las publicaciones de la ágil imprenta habanera de La Verónica, la primera, inigualada e inigualable, de aquel intelectualmente fructífero exilio del 39, porque catálogos ya he levantado los suficientes y temo que con escaso aprovechamiento (salvo para los eruditos a la violeta, cazadores furtivos de palabras ajenas que citan, con disimulo, a pis —no a pie— de página en el mejor de los casos). Entonces, podría objetárseme, ¿qué clase de libro es éste? ¿Cuáles sus objetivos?

La pregunta o las preguntas se responden pronto: no he buscado, en definitiva, la huella leve del paso de Manuel Altolaguirre y su primera mujer, Concha Méndez, por La Habana, el eco, difuso o borroso, más o menos fantástico, de los mínimos comentarios, las socorridas anécdotas o el acomodaticio centón de maledicencias, providencial pasto de las tertulias, sino las señales profundas de su influencia en la cultura de la isla, y a través de ella —una de las veintitantas provincias de nuestra común lengua— en la de todo el extenso mundo literario del idioma castellano.

En consecuencia, muy distintos caminos, a la vuelta de mil recorridos, han terminado por conducirme hasta su obra. Caminos con nombres propios: los de Nicolás Guillén y Juan Marinello, Rafael Alberti y Federico García Lorca, Luis Cernuda, José Bergamín y Pablo Neruda o Emilio Prados. La línea de sus trayectorias, repleta de apasionantes zigzag, nace o cobra definitivo impulso en Manuel Altolaguirre.

Él y sus imprentas marcan los orígenes de la mejor literatura joven de las décadas de los veinte y los treinta, que sigue siendo, me atrevería a sostener, la mejor de nuestros días. Con su apoyo creció Miguel Hernández; a su lado, primero en Madrid y después en México, se desarrolló la tremenda voz interior de Luis Cernuda,

apagada y tal vez condenada al ostracismo de no haber mediado nuestro personaje; el Rafael Alberti entregado de *La amante* y el Rafael Alberti comprometido de *Un fantasma recorre Europa*, en buena medida rechazado por la sociedad burguesa hasta hacía poco entusiasmada con su figura, siempre le encontrarían bien dispuesto; el libro inicial de Federico García Lorca, *Primeras canciones*, luce el inconfundible sello tipográfico de sus artesanales manos; José Bergamín, siempre en el ojo del huracán, confió las magníficas Ediciones del Árbol de *Cruz y Raya* a su recordado taller madrileño de la calle de Viriato, el que luego resucitaría en Cuba; Pablo Neruda y César Vallejo; *Litoral* y su maravilloso número triple de octubre de 1927 en homenaje a don Luis de Góngora, con dibujos, entre otros, de Juan Gris, Cossío, Ángeles Ortiz, Benjamín Palencia, Picasso y Dalí; *1616* o el renovado galope de *Caballo Verde para la Poesía; Héroe, Ambos, Los Lunes del Combatiente, Granada de las Armas y las Letras...* ¿Es menester continuar? Como los prestidigitadores del asombro, Manuel Altolaguirre se pasó la vicia sacándose autores y libros de la chistera. Tantos y de tan insólita calidad que algunos supuestos estudiosos han cedido a la tentación de dar al olvido o minimizar su propia obra creativa, estimando para sus entendederas ya excesivo el asunto. Ellos sabrán...

En fin, «lo infinito va por dentro», que él mismo afirma en uno de sus versos. Pues si yo hubiese acertado en algo, la infinita memoria de sus trabajos anidaría aquí para ejemplo. Y muchas de esas poderosas ráfagas del triste viento del olvido, «que cuando sopla, mata», empezarían entonces a atenuarse. De Altolaguirre y de su peripecia cubana de La Verónica parten numerosos y muy cualificados cabos literarios que, en España, todavía se revelan sueltos. Juntarlos, para devolver toda su consistencia al entramado, ha sido uno de mis propósitos. Exiliados del exilio, los españoles de España, educados en su negación, necesitamos recuperar esa otra mitad de nuestra historia reciente, amputada con felonía.

Espero, pues, que al menos algo de todo aquello se refleje en las siguientes páginas. En todos los tiempos, pero aún más en éstos, tan dados a los fastos grandilocuentes e inútiles, la impresionante trayectoria de Manuel Altolaguirre en Cuba, la primera orilla de nuestra lengua al otro lado del mar, dice y dice mucho y, además, lo dice bien.

*La Habana-Segovia, enero-octubre de 1992*



Antigua sede de La Verónica, La Habana

I  
DE UN MUNDO A OTRO



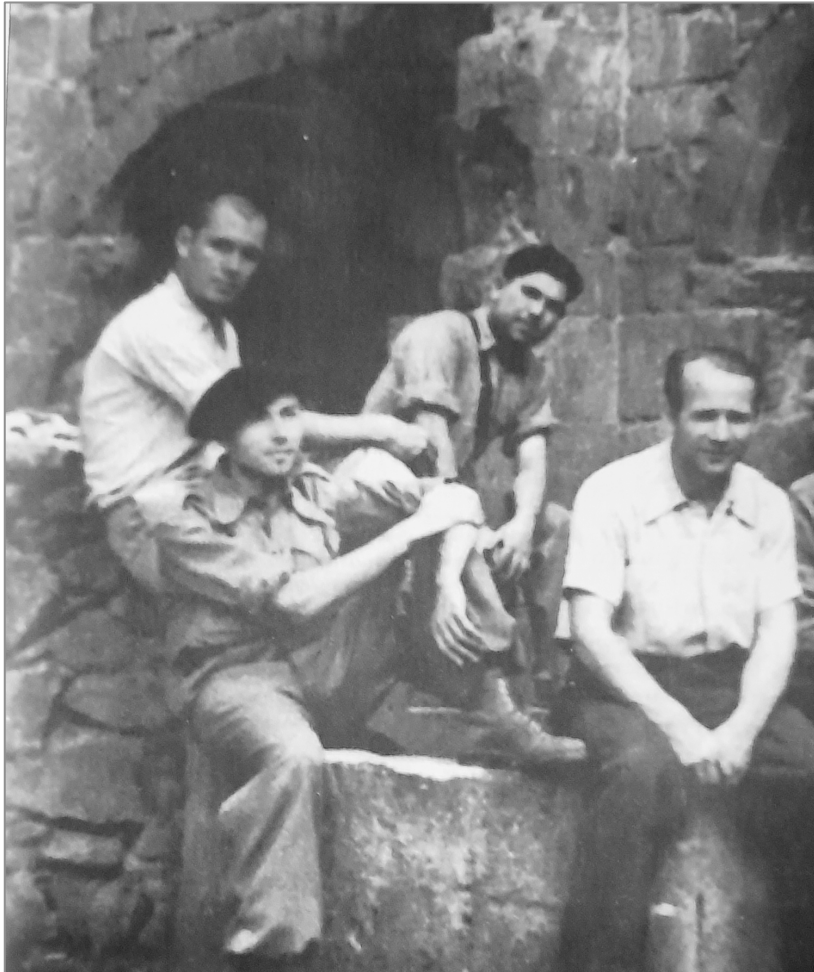
El 18 de julio sorprendió a Altolaguirre entregado a sus nobles tareas tipográficas. Semisótano de su casa en la recogida calle de Viriato, situada en pleno corazón de Chamberí, próxima a la frontera de la ciudad burguesa con el barrio obrero de Cuatro Caminos, a espaldas del actual Museo Sorolla, a muy poca distancia de la apacible Colina de los Chopos, donde se asienta la mítica Residencia de Estudiantes, que por aquellos inciertos momentos ya no era ni sombra de lo que fue, a pesar de cuanto diga la turbamulta de sus hagiógrafos. El número doble 5-6 de la primorosa revista *Caballo Verde para la Poesía*, monográfico sobre el poeta uruguayo Julio Herrera y Reisig, preparado con motivo de su centenario, ya está impreso y sólo falta doblar los pliegos y proceder a coserlos. La noticia de la sublevación en Marruecos, alteradamente transmitida por el locutor de Unión Radio, ha sobrepuesto un aire de irrealidad, como un ala negra de murmullos, a las conversaciones del taller. Queriéndose creer incrédulos, todos sonrían para darse ánimos. Pero ya nada volverá a ser igual. De hecho, el número doble de *Caballo Verde* pereció allí mismo. Nadie doblaría los pliegos, nadie cortó las hojas ni procedió a coserlas; nadie ha vuelto a ver aquellas páginas no obstante haberse buscado con singular empeño.

Ataviada con su habitual mono azul, único en el tenso Madrid prebélico, que tanto admirara Juan Ramón Jiménez («su mono añil puede ser de cajista de imprenta, enrolada de buque, fogonera de tren, polizón de zepelín, todo por la Poesía delantera que huye en cruz de horizontes ante las cuatro máquinas», escribió el autor de

*Platero y yo*), Concha Méndez preside el trabajo de los tres obreros maquinistas que la relativa prosperidad del taller —rodeado de prestigio, prosperidad creciente— había permitido contratar al matrimonio. Manolo, entre tanto, combina tipos y alterna colores para iluminar los versos de toda una época.

Como es usual, se aguarda la cotidiana visita de Luis Cernuda. Hombre pulcro y puntual, ceremonioso, primero se quitará el traje, colgándolo de un gancho, para enfundarse después un mono de mecánico parecido al de Concha. Poco a poco irán llegando otros amigos, franca la entrada, a aquella casa abierta a la rosa plural de los cuatro vientos de la literatura y el arte. Todos, de alguna manera, participan en la elaboración de sus ediciones: las *Primeras canciones* de Federico García Lorca, *El joven marino* del recién citado Cernuda, tal vez destinado a malograrse en el silencio de la inedición de no haber contado con tan comprensivo punto de apoyo; *El rayo que no cesa* de Miguel Hernández o *La lenta libertad* del propio Altolaguirre... o *Primeros poemas de amor* del desmesurado Pablo Neruda, flamante director —honorario y simbólico, según la reivindicativa memoria de Concha Méndez— del desbocado *Caballo Verde para la Poesía*, relámpago alumbrador de la efímera impureza de los seres humanos, sus cosas vividas, sus cosas gastadas, a galope tendido lanzado desde aquel alegre semisótano de la madrileña calle de Viriato para difundir un mensaje rehumanizador del proceso creativo. Esa imprenta, conviene repetirlo, se llamó La Verónica —nombre puesto en reconocimiento y homenaje a la primera impresora que recogió la cara del hombre cruzada por el dolor— y su último trabajo, consagrado a la memoria de un poeta iberoamericano, resultó una víctima más —una de las iniciales— de la catastrófica guerra incivil, entonces todavía envuelta en las brumas de la incredulidad, cuyo estallido anunciaba con nerviosa voz, sobrepuesta a los ruidos del laborar en el taller, el anónimo locutor de Unión Radio. Ya nada —nada ni nadie— volvería a ser igual, dije. Todo un mundo se acabó —lo acabaron— en tan fatídica fecha.





Manuel Altolaguirre, Juan Gil Albert, poeta y ensayista (Alcoy, Alicante, 1906- Valencia, 1994), cofundador de *Hora de España*, Walter Reuter, corresponsal gráfico que llegó a España en 1933 (Berlín, 1906 - México, Cuernavaca, 2005) y Darío Carmona, pintor y dibujante, exiliado en Estados Unidos, México, Chile, donde fue secretario personal de Pablo Neruda, y Ecuador (Santander, 1911 - Quito, Ecuador, 1976) en el monasterio románico de Gualter (Lérida), 1938.

La Verónica, imprenta de paz, murió, sí, con la guerra, pero aun durante la guerra su magnífica herencia fructificó en sorprendentes continuaciones. Herederas de los tiempos de paz en el submundo de la guerra incivil. La excelente revista *Hora de España*, órgano de indiscutida altura intelectual a pesar de las circunstancias (que no ya por encima ni muchísimo menos al margen: a su pesar, insisto), o las combativas hojas de *El Mono Azul*, portavoz de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, atesoran muchas zozobras y no pocas energías del experimentado quehacer impresor de Manuel Altolaguirre. Y con ser esto ya mucho, todavía habrá mucho más. Más y más difícil, como requieren los imposibles.

Movilizado en junio de 1938, cercana e inevitable la hecatombe, y destinado al XI Cuerpo del Ejército del Este, en un increíble derroche de ingenio y amor a la literatura, de fe en la vida —en *su* vida—, Manuel Altolaguirre fue capaz, sacando recursos de donde no los había, de montar una modestísima imprenta —tan modesta como en verdad heroica— en el monasterio románico de Gualter, en la disputada ribera del río Segre (que poco después sufriría el estallido del polvorín irresponsablemente instalado entre sus muros), y allí, con la ayuda de Bernabé Fernández Canivell y Juan Gil-Albert, soldados entre soldados, estampó los sucesivos números de la inverosímil revista *Granada de las Letras y las Armas*, más las primeras ediciones —hoy valoradísimas— de *España en el corazón*, de Pablo Neruda, *Cancionero menor para los combatientes*, de uno de sus compañeros más queridos, el también malagueño Emilio Prados, su inseparable aliado y maestro en la inicial aventura de aquel acariciado *Litoral* fundador de casi todo, y *España, aparta de mí este cáliz*, de César Vallejo; y por fin, por si aún fuese poco, esos alucinantes pliegos de *Los Lunes del Combatiente*, cuyo angustiado rastro se pierde, retrocediendo centímetro a centímetro, a través de las tierras quemadas de Cataluña, a raíz de la definitiva batalla desencadenada por el general Yagüe, sumido el animoso Altolaguirre en el desolador caos de una huida espectral hasta Francia por los neva-

dos y gélidos Pirineos, rodeado por el infinito batallón de la desesperanza, hundido en su terror y golpeado, entre los aullidos del viento, por sus murmullos de muerte.

-« Vite, vite! », gritaban hostiles los gendarmes. « Laissez les armes! ». España, detrás, desaparece, consumida por una densa cortina de niebla y pólvora. « Allons, vite », no cesaban de chillar, blandiendo amenazadores sus ametralladoras, los soldados senegaleses del ejército colonial francés. Chillaban a una masa de refugiados, aterida de terror y frío, que al menor ruido se arroja al suelo con movimientos mecanizados, abrazada de bruces a la nieve para engañar el vuelo rasante de una aviación enemiga que le ha seguido ametrallando, guiada por un encono ya inútil, hasta más allá de donde indicaba la peor de las lógicas militares.

- *Vite! Vite! Laissez les armes!*

La perspectiva, nada halagüeña, consistía en el hacinamiento en trenes de ganado con destino a las hirientes arenas de los campos de internamiento improvisados en la desabrida plenitud sin oasis de unas playas batidas por todos los temporales. Nada. Ni siquiera unos mínimos barracones. Sólo unas alambradas erizadas de púas, vigiladas por los mismos anfitriones del ejército colonial, y el arenal inmenso. El sol, la sed y las privaciones debían de completar el trabajo del ejército franquista.

La Verónica, en tamaños instantes, no ocuparía ni una fracción de segundo en el apresurado rincón de los recuerdos de otro mundo que, de tan terrible el entonces, parecería irreal, como de fábula, un puro sueño para siempre perdido. La Verónica, no obstante, reviviría. Al lado opuesto del Atlántico, en la avanzadilla caribeña del lado más grande de nuestra lengua, en la imaginaria perpendicular de la primigenia Imprenta Sur malacitana, continuación, renovada y sin corregir, de la primera Verónica, la madrileña, que encontró antinatural muerte en la fatídica fecha del 18 de julio. Eso sucedería enseguida, dentro del mismo año, al cabo de muy pocos meses. Si, La Verónica reanudaría su andadura, aunque en aquellos momen-

tos y en Francia, «tierra de asilo», pareciera impensable y hubiese sido tomado por loco absoluto quien se atreviera a pronosticarlo. A la vuelta de unas páginas llegaremos a su segunda e hispanoamericana parte. Pero, de la mano del propio Altolaguirre, hagamos antes recordatorio de aquellos turbadores días de realidad antisurrealista. Vivencias tan inhumanas sólo los mismos hombres las pueden crear. Sólo los mismos hombres.

«Cuando me encerraron en aquella celda yo no estaba loco pero debí parecerlo... Me preguntaban mi nombre y yo lo decía. Me preguntaban mi edad y yo la recordaba. Me ofrecían de comer y yo no comía. No tenía hambre. Si la enfermera o el doctor me prodigaban sonrisas me parecían de burla... Aunque aquello era un manicomio, yo no estaba seguro de que lo fuera. La primera vez que me quede dormido soñé que estaba en una cárcel. Mientras dormía me pareció escuchar unos disparos. Sentí que me dijeron:

» — Están fusilando a tu hermano. Luego a ti. Luego a ti...

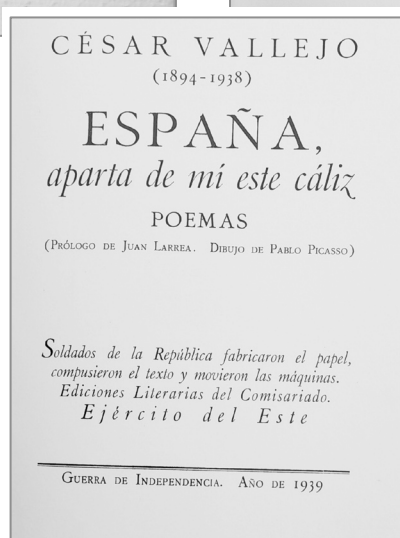
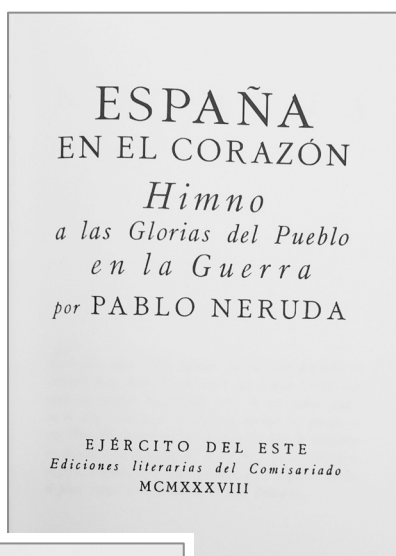
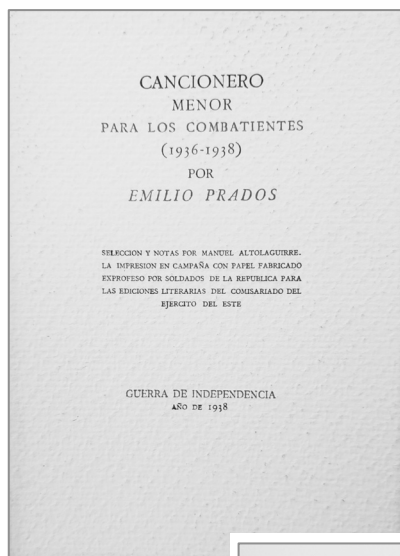
Así comienzan las *Confesiones* de Manuel Altolaguirre. Angustia, desvarío, terrores. Otra noche soñó con los restos de su hija, desuartizada, escondidos entre las crines que le servían de lecho. «Debí parecer un verdadero loco», anota. Pero no lo era. Simple y terroríficamente se trataba de un hombre vencido por el horror.

Había cruzado los Pirineos apenas unos días antes. Lo hizo por un sendero abrupto y por la noche, sin saber cuándo ni adónde llegaría, en compañía de un chófer y de su hermana enferma. Al final dieron con una aldea. «No había luz. Había lágrimas.» Resplandecía la oscuridad iluminada por multitud de hogueras. El viento gélido ululaba hostil. Al poeta Manuel Altolaguirre le aguardaba el coche de unos buenos amigos mexicanos. El poeta Manuel Altolaguirre no quiso subirse en él.

— No subo al coche — dijo —. No debo, no. Que suban las mujeres.

— Las mujeres, ¿adónde? ¿Tienen adónde ir? Ya se arreglará todo. Vamos a Perpignan. Vente. Anda. Sube.

— No, no, no voy — gritaba enloquecido. Tuvieron que dejarlo.



*Cancionero Menor para los combatientes* de Emilio Prados, *España en el corazón* de Pablo Neruda y *España, aparta de mí este cáliz* de César Vallejo, los tres libros de las Ediciones Literarias del Ejército del Este de Manuel Altolaguirre, respectivamente acabados de imprimir en 1938, el 7 de noviembre de 1938 y el 20 de enero de 1939, con quinientos ejemplares de tirada los de Prados y Neruda y mil cien el de Vallejo. «Son soldados de la República quienes fabricaron el papel, compusieron el texto y movieron las máquinas» (*España en el corazón*, «Noticia»).

¿Caballerosidad? ¿Hidalguía? ¿Generosidad? No, la dureza de la situación excluía el funcionamiento de tales resortes. La dureza de la situación animalizaba a las personas y sus comportamientos; en consecuencia, respondían a estímulos mucho más primarios. Altolaguirre, conmovedoramente, lo reconoce así: no era piedad por las mujeres; se fue andando y se perdió en la noche por terror, «terror a todo, miedo a la vida». Y como no estaba loco se perdió pidiendo la muerte a voces.

Su memoria sufre luego un vacío. Un vacío que al cabo desemboca frente a una realidad con cavernosas resonancias de sueño absurdo y despiadado. Mejor dicho, absurdo por despiadado. Un sueño habitado por infra hombres, un sueño recorrido por dominadoras ráfagas erizadas de horrores y resentimientos.

La entrada al reino impuro de las tinieblas de los seres derrotados y abatidos, su anti mágica puerta, aparecía custodiada por un gendarme más bien indolente, ya familiarizado con un hacinamiento al que daba la espalda mientras mordisqueaba, con dulce indiferencia, un rutinario pedazo de pan para entretener la guardia.

El poeta Manuel Altolaguirre, sin que nadie se lo solicitase, brindó la documentación al gendarme indolente, persuadido de que no estaría en regla y de que su amenazador destino alentaba, al lado de los suyos, detrás de aquella anti mágica puerta.

Para su estupor, sin embargo, la documentación se encontraba en regla. Era un intelectual de prestigio y alguien se la habría arreglado. Podía, por tanto, continuar deambulando por las calles desoladas entre la lluvia insistente. Francia, el país de la libertad, acogía con gozo a los creadores. Manuel Altolaguirre, en consecuencia, tenía ante sí el horizonte cerrado de las avenidas abiertas o el pozo sin fondo del internamiento en un campo para los seres normales, hombres como él de carne y hueso, que al no ser *distinguidos*, jamás accederían a la categoría de huéspedes de la *Republique*.

Abrumado por el peso de tantas derrotas (escribo derrotas, en plural no mayestático, y escribo bien: era un mundo, todo su viejo y entrañable mundo, el que se había derrumbado), nuestro poeta-impresor sintió entonces la imperiosa necesidad de volverse a sentir un hombre más en el exilio, y sólo un hombre más, al igual que durante la guerra.

Aunque sin hambre, acuciado por necesidades más hondas, pidió limosna de pan al gendarme indiferente.

Y el gendarme indiferente, por supuesto, se apresuró a concedérsela. Acababa de examinar su documentación, se trataba de un intelectual.

— « Bien sûr, bien sûr ».

Pero él, también por supuesto, se sintió incapaz de probar aquel manso pan de la indiferencia educada.

Estoy cansado — murmuró.

Pase, puede pasar; cuando descansa puede salir del campo -fue la versallesca respuesta, ni tan siquiera asombrada, del probo gendarme de nuevo entregado a la masticación sosegada.

Y así, de ese modo, franqueó el poeta Manuel Altolaguirre el anti mágico portalón — Dante, Dostoievski, Gorki — de un inmundo *co-bijo infernal para españoles*. Lejos de huirle salió a su encuentro.

«Casi nadie dormía, pero todos los cuerpos reposaban tendidos sobre la paja. Había hileras de bloques amarillos formando muros que separaban las mujeres de los hombres, muros que se iban deshaciendo poco a poco. De trecho en trecho, el agua en cubos para la bebida. Sólo vi en pie a un hombre indiferente y a los soldados negros con sus fusiles y las bayonetas.»

El poeta Manuel Altolaguirre dio el paso decisivo sin vacilar, atravesando la infernal frontera a la (de)sazón extrañamente ataviado. En la precipitada huida, puesto a salvar al menos la ropa, concibió la peregrina idea, al verse privado de maleta, de vestir a la vez todas las piezas de su propiedad. A la manera de las *katiuskas*

rusas, primero se divisaba un hombrón inflado de color azul, correspondiente al enorme abrigo que lo cubría todo, debajo del cual se emboscaba un buen traje de lana... seguido por un chaleco de punto... y otro... y otro... y otro chaleco más, trío prolongado por una fina camisa de seda cuya calidad limitaba contra la última capa de una espléndida camiseta termógena. Para remate, y nunca mejor dicho, el estrafalario conjunto aparecía coronado por un soberbio sombrero de copa. La muchedumbre aterida le observaba recelosa. La escena que sigue es de aquellarre, de sordísimo aquellarre cargado de electricidad:

—Dentro de un rato —comenzó a explicar—, cuando descanse un poco, voy a salir del campo. ¿Por quién puedo hacer algo?

Sorpresa y estupor generalizados, anonadamientos, desconfianzas. Un hombre, sin embargo, aceptó en principio el ofrecimiento:

—Soy español —respondió con acento extranjero—, y a pesar de que el cónsul francés visó mi pasaporte me han detenido y encerrado, no sé por qué razones. Vaya a su consulado y diga que me reclamen. Esto es una injusticia intolerable.

Como cabía esperar, o como cabía temer, el poeta Manuel Altolaguirre respondió categórico:

—Iré con mucho gusto.

Pero aquello no le pareció suficiente. De ningún modo estaba dispuesto a limitarse a un solo caso. Abstracción hecha de su propia situación, él deseaba «hacer algo por todos los demás. Por todos. Ahora bien —añadió—, necesitaba sus nombres.

—Usted, amigo, ¿cómo se llama?

Silencio sepulcral, silencio hostil. ¿El nombre? ¡Identificarse! Aquella pretensión inquietó sobremanera a su acorralado interlocutor, probablemente acogido al débil salvavidas de una personalidad cambiada. Los tiempos, desde luego, no daban para tanta dosis de ingenuidad.



—Puede comprometerme. No quisiera... —balbuceó, puesto ya a esconderse entre la muchedumbre.

«Iba a indignarme», escribe Altolaguirre, «pero le vi los pies y me dio lástima.» Entonces se dirigió a un grupo de soldados. «Voy a salir de aquí», les repitió. Naturalmente no le creyeron, y él insistió. Dispuesto a demostrárselo sacó la documentación. «Miradla», dijo. En efecto, la tenía en regla; podía abandonar el campo, «un infernal cobijo para españoles, en cuanto lo deseara. Por toda respuesta, los soldados «me miraron con odio».

—¿Y tu mujer?

—Mi mujer y mi niña... en París, en donde tengo amigos.

Las barreras de la desesperación saltaron en pedazos. Se habló en contra del Gobierno, amarga y amargadamente se despotricó contra todo: contra el dinero, contra París, contra la gente con amigos, contra las desigualdades. El poeta Manuel Altolaguirre, sereno y súbito, rompió en mil trozos la piedra de la discordia de su documentación en regla. Asunto concluido para mal de todos y en beneficio de nadie. De nadie distinto a su propia conciencia. Ya era uno más, otro cobijado en el infernal refugio; ya no podía ayudar a nadie, ya ni tan siquiera podía ayudarse a sí mismo. «Desde aquel momento me tomaron por loco.»

Luego, provisto de un vaso de plata, absurdamente alojado entre tanta miseria, fue ofreciendo agua por las galerías. Nadie tenía sed, nadie aceptaba su agua. Era como el pan del gendarme, y aquellos seres la rechazaban. A un mozalbete incluso se le ocurrió la desgraciada idea de imitarle.

—¿No hay ningún herido que quiera agua? —predicaba con voz meliflua.

Altolaguirre, enfurecido, le arrebató su vaso, lo llenó de agua y con decidido acento repitió, mirándole fijamente:

—¿No hay ningún herido que quiera agua?

Entonces fue cuando salió del grupo el soldado de la guerrera rota. Con la gelidez del derrotado que ya nada teme, aquel soldado

se limitó a preguntarle cuánto le había costado su imponente y hermoso abrigo de lana azul.

—Cuánto, ¿eh?, cuánto.

—Eres rico, ¿verdad? —le reprochó otra voz, ésta oculta entre la masa.

Sin acertar a controlarse, el poeta Manuel Altolaguirre reaccionó con paradisiaca espontaneidad inútil: primero se despojó del abrigo, luego de la chaqueta, después de un chaleco, de otro, de otro y de otro... Al final apareció completamente desnudo. Las mujeres y los niños, tendidos por el suelo, le observaban inmutables, reconcentrados en su silencio. La escena, cada instante más cargada de tensión, sería al cabo rota por un oficial.

—¡Ya es bastante! —exclamó, haciendo de su grito el único refugio de humanidad.

A sus órdenes, mecánicos y ágiles, cuatro soldados senegaleses se arrojaron sobre Altolaguirre. La poderosa voz del odio se adueñó acto seguido de la multitud, deshecha en aullidos contra todo.

—¡Fusiladle! ¡Fusiladle! ¡Es un provocador! ¡Que lo fusilen!

Lo peor, lo más perverso, lo que más daño le hizo, fue esta asperísima frase, masticada a media voz y lanzada entre dientes cuando ya los soldados senegaleses le sacaban del campo para conducirlo al médico:

—Es un vivo que sabe demasiado.

«¿Un vivo yo?», seguía preguntándose con asombro años después Altolaguirre. O sea, «un vivales, como se dice por mi Andalucía. Quería morirme, quería morirme, quería morirme».

Por fortuna, no vino la muerte. Llegó la emoción, llegaron las lágrimas. «Dios mío, Dios mío, recé... Sálvame. Sálvame.»

MANUEL ALTOLAGUIRRE

*publicará*

su obra inédita escrita en

LA HABANA

*en*

cuadernos semanales  
bajo el título de

A T E N T A  
M E N T E

Precio del ejemplar: \$0.10

Suscripción trimestral: 1.00

Suscripción anual: 4.00

*Atentamente,*

*Manuel Altolaguirre*